

Por qué despedir a los amigos con una misa

Pedro de Ayerbe

La muerte desde la perspectiva social es como la moneda, tiene dos caras. En la muerte es un sujeto quien se despide de su familia y amigos, quien deja de vivir, y abandona la vida entre los humanos; pero, si le damos la vuelta a la muerte y nos fijamos en la *post mortem*, está la muerte social, el duelo, la vivencia de la muerte en los otros, en los que siguen viviendo.

No hace mucho di con un amigo a quien no había visto desde hace bastante tiempo en una misa de entierro. Para recordar tiempos tomamos después del acto fúnebre un café juntos. Nuestra primera extrañeza era el habernos encontrado en un ambiente religioso, con poco sentido para nosotros al ser no creyentes y lo único rico humanamente había sido nuestro encuentro.

Soy poco aficionado a lo funerario y si puedo procuro esquivarlo, pero veo que la muerte de un amigo o de un conocido es un momento importante, pero por desgracia el asistir a una misa no dice nada a la mayoría de las personas. Además, ¿por qué he de encontrarme con amigos o conocidos que acudimos por la misma razón en un acto que nada nos dice y del que no participamos? Yo no digo que haya que suprimir los actos religiosos, pero las familias debieran



advertir que muy posiblemente el difunto se sentiría ajeno al rito religioso y los que nos reunimos somos como intrusos en ese espacio. Tampoco pienso que el protocolo funerario laico que se establezca tenga que ser como la presentación de un libro y haya que compartir con otros unas bebidas y unas croquetas... Pero algo tiene que cambiar y sin duda algo habría que pensar e imaginar siempre dentro de un ambiente laico donde quepamos todos ya que la amistad y la muerte no tienen ni color, ni raza, ni densidad ideológica o política. La muerte es algo humano y todos por igual morimos sin distinción de colores.

Los protocolos litúrgicos de la iglesia resultan para muchos inexpresivos, postizos, artificiales. Falta una cultura laica de la muerte

Hasta hace poco la iglesia impregnaba con su cultura y con sus liturgias estos actos. Pero hoy con la secularización la muerte y el *post mortem* han queda-



Por desgracia la católica España desconoce lo que es una cultura secular de la muerte. Nadie se ha puesto a imaginar y diseñar un adiós humano, laico

Funeral por las víctimas del avión de Germanwings

do desnudos, sin expresividad social a no ser que se continúe con el ropaje y los protocolos litúrgicos de la iglesia lo cual resulta postizo, artificial e inexpressivo. Ante esta situación pueden surgir soluciones a medias, que intentan sustituir lo religioso, pero que no pasan de ser una solución 'tapagujeros'. Más bien, la preocupación de las familias, de los amigos del fallecido habría que ponerla en buscar una cultura de la muerte no solo en el *ante mortem* sino en el *post mortem* digna de una sociedad laica y, por tanto, plural, es decir, en la que todos nos sintiéramos cómodos.

Hasta ahora los actos del *post mortem* eran el entierro y el duelo. Venía a ser el dar tierra (ahora por lo general incinerar) y dar el pésame. El sujeto que ha muerto ya solo era motivo de recuerdo y de duelo, y el sujeto central del duelo es el primer entorno familiar. Pero, creo yo, si la muerte es que una persona abandona la vida y la convivencia con las personas –principalmente de entre los familiares y amigos–, si es un acto de despedida, ¿por qué hay que excluir al que se ha ido y no se le tiene presente?

En el *post mortem* entra el duelo y la despedida al difunto en un acto de participación social de fami-

liares y amigos del difunto. Se trata de un acto de relación y, por más que la familia decida que se realiza en privado, habrá que realizar un acto dentro del círculo reducido de la familia donde se viva una correcta cultura de la muerte. Creo que dentro de no mucho tiempo la gente tendrá que decidirse por los actos fúnebres totalmente civiles pues la sociedad es secular y plural y, por otra parte, tendrá que reservar, si son creyentes, para ellos y para los amigos de tal confesión religiosa, el acto propiamente religioso. La muerte nos alcanza a todos, es democrática y el suceso de la muerte es la demostración palpable de que todos somos iguales. Por ello hay que pensar que también tendrá que ser democrática, y por tanto, laica y plural la despedida que se haga cuando muere una persona. Tanto el difunto, sea creyente o no creyente o no practicante, y sus amigos y conocidos –de mentalidad plural dada la sociedad en que vivimos– tiene derecho a despedir y ser despedido dignamente en un adiós sin connotaciones religiosas. Pero, por desgracia en la católica España la sociedad desconoce lo que es una cultura secular de la muerte. Nadie se ha puesto a imaginar y diseñar un adiós digno, humano que valga de núcleo o de modelo a una aproximación a los funerales laicos.



Velatorio de Fernán Gómez en el Teatro Español

Cara y cruz de una despedida

En busca de alguna pista y de un modelo que, a gusto de cada cual, pueda ser imitado, hace unos años encontré un modelo que imitar con la variaciones que a una familia española le puedan agradar. Los bohemios ayer eran unos marginados de la sociedad y hoy son un mundo aparte y su teatro dentro y fuera de las tablas nos trasmite interesantes lecciones. Hace unos años los cómicos organizaron en Madrid un acto para despedir a su compañero Fernán Gómez en el Teatro Español. No montaron un espectáculo; no fue un acto de luto ni una liturgia de la farándula sino la representación de una escena más de la vida con el actor fallecido a la espera de que el cadáver fuera enterrado. La historia de la vida continuaba para ellos en una escena de tertulia. En el centro de la escena el ataúd de Fernán Gómez, a los lados unos veladores de café donde conversaban los actores, y en el centro al fondo en la pantalla Fernando sentado junto a un velador tomando una bebida y leyendo la prensa. Era una tertulia de amigos como tantas otras. Allí sonó 'El carnavalito de Arequipa' y un chotis..., El Brujo recitó 'Cantos de vida y esperanza', de Rubén Darío, también hubo versos del propio Fernán Gómez. En fin, la imaginación del mundo del teatro supo plasmar una profunda y humana manera de despedir al compañero. Una nueva cultura de la muerte como última fase de la vida.

Los bohemios son excepción, son libres en su expresión creativa y no tienen reparo en aparecer diferentes y a veces a contracorriente, tanto más cuanto la sociedad española está anclada en sus funerales con misa y responso. Y el más anclado en la costumbre religiosa de siempre y quien tampoco sabe salir de la rutina es el Estado. En favor del contraste se puede recordar la escena clásica –y hueca– de los funerales de Estado. La primera cadena de TVE retransmitió durante un par de horas la misa/funeral por las víctimas

del accidente aéreo de los Alpes, concelebrada por varios obispos en una iglesia de Barcelona. También lo hizo la cadena '24horas', de TVE, mientras en ese tiempo las emisoras de los obispos, 13TV y COPE Radio, emitían una película del Oeste y un debate político, respectivamente. Esta es la norma y el hacer de la vida nacionalcatólica del Estado español y la estrategia regulada por la jerarquía eclesiástica.

La imaginación de los bohemios supo plasmar una profunda y humana despedida al compañero. Una nueva cultura de la muerte como última fase de la vida

Días antes del funeral la Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España (FEREDE) envió una carta a la vicepresidenta del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría, con copia a la Casa del Rey y a la Generalitat, pues al acto iban a acudir los Reyes, el presidente del Gobierno y el presidente del Ejecutivo catalán, en que se pedía que el acto por las víctimas del avión de Germanwings fuese "una ceremonia institucional acorde con los principios de neutralidad y no confesionalidad contenidos en la Constitución". La carta proponía un acto solemne de carácter civil, presidido por la autoridad civil y en un escenario también civil; lo cual no quitaba para que fueran invitados representantes de las diversas confesiones. La FEREDÉ ponía en bandeja al gobierno un modelo civil con el que poder estrenar la aconfesionalidad proclamada en la Constitución. Pero se prefirió seguir siendo un Estado con nostalgia de catolicismo a la manera del tiempo franquista.

Con este ejemplo que se repite año tras año desde el tiempo de la transición la sociedad civil sigue el mismo ritmo y, si le quitan los actos religiosos, la muerte es meramente un entierro a palo seco, pues no existe todavía una cultura secular de la muerte, no hay expresión simbólica de la despedida como acto social. Si se suele decir que en España se muere mal en cuanto el proceso de morir y el acto de morir resultan ser una muerte humanamente fallida, también hay que decir con franqueza que el acto y proceso del post mortem resulta igualmente fallido desde los tiempos de transición política y de secularización social.

Si consultamos internet encontramos anuncios de servicios funerarios que ofertan funerales civiles, pero al parecer tanto lo que se ofrece como lo que se realiza deja un tanto que desear y no todos sus contenidos cumplen con las características de una despedida humana, de convivencia con la muerte, con sentido laico y plural. Se viene de unos funerales que tenían ya sus fórmulas hechas en que lo único que se cambiaba en los rezos era el nombre del difunto. Pero el paso siguiente será algo parecido. Las empresas de servicios funerarios por razón empresarial estructurarán dos tres modelos que serán aplicables a cualquier servicios y la 'liturgia civil' tendrá las mismas deficiencias que lo que se vive actualmente en las iglesias y en las capillas de los cementerios.

A manera de prueba

Un acto organizado por la familia para las personas de su mundo entorno tiene un carácter de convivencia entre amigos y conocidos y de comunicación. Construir este acto funerario laico tiene la dificultad de que no tiene modelo que imitar, que hay que tener imaginación, es preciso crearlo o recrearlo, pero tiene la libertad de poder ser creativo y de ser adecuado al mundo de las personas más cercanas al difunto.

La muerte no es algo abstracto e idéntico a todas las muertes. Si la muerte es el hecho de la pérdida de una persona que es irreplicable, de alguien 'único', el acto de despedida no puede estar estereotipado y repetirse de manera clónica. La muerte es, pues, la despedida para siempre de un 'tu' con su propia personalidad que no volverá. Por ello cuando acontece hay que construir una despedida de nueva planta, un acto no rutinario porque se despide a una persona amiga y el 'hasta siempre' no puede ser un tópico más. En esos momentos nos encontramos sin algo previamente hecho que nos sirva de patrón y del que podamos hacer los cambios suficientes y, además, se trata de

una tarea urgente que tiene que estar en manos de al menos un familiar y un pequeño grupo de amigos. Por ello, si se quiere hacer un acto que merezca la pena, que sea sobre todo personal, hay que tenerlo suficientemente preparado o al menos pensado.

Además de las palabras de acogida y agradecimiento por la presencia de amigos y conocidos y las palabras de agradecimiento y despedida que deben abrir y cerrar el acto hay que pensar en el cuerpo de textos que conformen el acto. Habrá que recordar por algún familiar cercano lo que hubiera gustado decir el difunto caso de poder despedirse; también hay que comunicar una información concisa de la fase final del morir y la muerte del difunto.

Las iglesias protestantes propusieron “una ceremonia institucional acorde con los principios de neutralidad y no confesionalidad de la Constitución”

Recuerdo que en un número de la revista de DMD se publicó una amplia carta de despedida de un socio de la asociación. Ramón Fernández Durán había dado cuenta en diversos correos electrónicos a sus amigos cómo iba decayendo su vida y cuando se acercó su muerte escribió una carta de despedida a sus amigos y conocidos

con los que había tratado: “Os había prometido una carta de despedida, sobre todo después de la gran cantidad de correos tan bonitos y cariñosos que he recibido de vuestra parte, que no os he podido responder individualmente. He estado pensando mucho estos días qué es lo que quería decir. Me venía a la mente (y al corazón) un montón de cosas, y bueno, no sé, espero poder ordenarlas mínimamente y que cobren sentido al contarlas”. En su carta, bastante amplia, va contando su decisión de abandonar el tratamiento de 'quimio' y su posterior decisión de morir, cómo lo fue contando a su familia empezando por su mujer y los más íntimos, cómo reunió una tarde a los sobrinos para explicarles su situación... (Crónica de un adiós para siempre, Rev. DMD, n. 60, pp. 26 ss.). Sin ser este el caso de un fallecido por muerte natural, sí es un modelo de deseo de comunicación que puede realizarse en un acto funerario de despedida del difunto contando la última fase de la vida, su despedida familiar y el fallecimiento.

Los amigos recordarán los rasgos de la persona difunta, su idiosincrasia. No es cuestión de hacer un obituario que recuerde cargos, etc. sino recordar los rasgos humanos, la vida del día a día en que se convive con los demás.

Un acto de despedida, además de las palabras específicas referidas a las personas que ha abandonado la vida y a los amigos, puede tener como contenido

“Antes no había tenido tiempo de pensar en la muerte. Y de pronto ¡paf!, caray, que no hay escapatoria...”

principal la lectura de algunos textos, algún tiempo corto de silencio –y reflexión– con fondo musical. Los contenidos de las palabras de saludo y despedida y de las lecturas tienen que tener una orientación y un componente que dé sentido laico y plural a la reflexión sobre el episodio de la muerte.

Para crear un espacio de convivencia y de reflexión con profundidad humana se pueden aprovechar no solo el pensamiento y reflexiones de figuras de la historia o de personalidades y pensadores de la actualidad sino también la expresión de los poetas y literatos. Se puede utilizar, por ejemplo, la poesía de A. Machado o el Canto del pigmeo:

La otra ribera

Daba el reloj las doce ...
y eran doce golpes de azada en tierra...
¡Mi hora! –grité–...
El silencio me respondió:
No temas ...

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.

Antonio Machado

Canto fúnebre pigmeo

El animal nace, pasa, muere.
He aquí el gran frío.
He aquí el gran frío de la noche.
He aquí la oscuridad tenebrosa.

El pájaro pasa, vuela, muere.
He aquí el gran frío.
He aquí el gran frío de la noche.
He aquí la oscuridad tenebrosa.

El pez nada, pasa, muere.
He aquí el gran frío.
He aquí el gran frío de la noche.
He aquí la oscuridad tenebrosa.

El hombre nace, come, duerme, y pasa.
He aquí el gran frío.
He aquí el gran frío de la noche.
He aquí la oscuridad tenebrosa.
El cielo, en cambio, es luminoso.
Los ojos están gastados,
pero las estrellas siguen brillando.
El frío, debajo de nosotros.

Y encima, la luz.
El hombre es transformado:
el prisionero pasa a ser libre,
la sombra se aleja.
La sombra se aleja. Khmvum, Khmvum:
a Ti elevamos nuestra voz.

También caben textos sencillos, significativos como este de García Márquez: “Lo único malo de la muerte es que es para siempre. Lo demás, todo es manejable. Pero esta sí que es una trampa, habernos metido en esto tan difícil y después...Yo jamás pensé en mi muerte. Empecé a pensar en eso hacia los 60. Fue una noche, estaba leyendo un libro y de repente pensé: Caray, me va a pasar, es inevitable, es así. Antes no había tenido tiempo de pensar en eso. Y de pronto ¡paf!, caray, que no hay escapatoria...” (García Márquez).

Quién sabe si a algunos les agradaría leer en el acto un texto propio de la socarronería del director de cine Luis Buñuel. Sin duda lo más memorable y más citado del libro titulado ‘Mi último suspiro’ –libro de conversaciones de Carrière con Buñuel– son los párrafos en que el cineasta le declara a su interlocutor que le gustaría levantarse de entre los muertos cada diez años, pasearse y en su paseo acercarse a un quiosco y comprar la prensa: “No pediría nada más –comentaba Buñuel– y con mis periódicos bajo el brazo, pálido, rozando las paredes, regresaría al cementerio y leería los desastres del mundo antes de volverme a dormir, satisfecho, en el refugio tranquilizador de la tumba”. Esta era la manera chusca de Buñuel de entender el ‘descanse en paz’ lejos de la algarabía y de los conflictos de los que siguen viviendo.

Creo que para un acto de este estilo los asistentes no necesitan camuflar su dolor o no dolor tras unas densas gafas ahumadas y habrán despedido juntamente con otros al familiar o amigo con la vivencia de que la muerte también es nuestra aunque con ánimo de volver a realizar nuestra voluntad de seguir viviendo. ■